

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131
GIJÓN

He hecho la primera Comunión

La ciudad de T... está dormida. La noche es oscura. Ni un rayo de luna, ni siquiera el tenue fulgor de una estrella.

La noche avanza; aun los más trasnochadores se han recogido ya.

Y no obstante, si se pudiera distinguir en las tinieblas se vería en el callejón contiguo a la iglesia deslizarse dos sombras rápidas, mudas, sin hacer el menor ruido; se dirigen hacia una de las puertas de la iglesia; allí se detienen, se desembozan y en sus manos aparecen las herramientas que llevan para forzar la puerta; buscan la cerradura... Un ruido continuo se deja oír, tan pronto sordo como agudo. La madera se rompe, el hierro se dobla, la entrada de la iglesia está libre...

Llevan una linterna. Su mustia luz se proyecta sobre el rostro de mirada siniestra de los dos hombres.

Sus ojos investigadores, acostumbrados a la noche, exploran la inmensa nave, por la que avanzan guiándose por el punto luminoso de allá abajo, por la pequeña lámpara del Sagrario; hacia allí es donde se dirigen.

El que va delante se detiene ante la balaustrada de hierro forjado que separa el coro de la nave. Apenas tiene veinticinco años; desconoce el miedo; sin embargo, el silencio majestuoso que le rodea, las estatuas que le parecen jueces sobre un pedestal de mármol; todo le asombra y le sorprende. Se para... De pronto a su inteligencia, acostumbrada a discurrir maldades, vienen vivos recuerdos. En un momento recorre toda su infancia olvidada; vuelve a ver a su madre, la humilde y santa mujer, inclinada todo el día sobre su labor en su pobre aunque limpia boharrilla. Entre los días dichosos de este tiempo, hay uno que se destaca sobre todos y es el de su primera Comunión. Una aristocrática señora del barrio le vistió de pies a cabeza y le puso hermoso como un Príncipe. Era de la edad de su hijo el pequeño Conde de B... su compañero de iglesia. Aquellas gradas que tiene delante le recuerdan que sobre un escalón semejante se arrodilló en aquel tiempo dichoso. Ve al sacerdote que descendiendo del altar con el copón de oro en la mano se dirige hacia él. Bajo la sabanilla bordada se rozaba su mano con la del Conde, y los dos,

el hijo del obrero y el hijo del aristócrata, recibieron, igualmente bellos, igualmente puros, al Dios de amor. El ahora, deshonrado y despreciado, buscado por la policía y arrojado de la sociedad, había tenido delante del altar su gran día, su fiesta magnífica, Dios... ¡Ah! Había olvidado lo que de El decía su Catecismo; pero bien sentía que Dios era para él su madre, y recordó aquella infancia ideal y lejana, como también su hermosura de joven inocente y bueno.

En aquel tiempo se llamaba Andrés Gerbois, pero ¡hay! este Andrés murió con su madre.

Sólo quedaba *Hardi*, como le llamaban sus compañeros de pillaje, cuando a los quince años comenzó con ellos su vida de infame.

Toda la policía de París conocía su filiación, así como también la de Marteau su «maestro» y «compañero».

Hardi y Marteau habían cometido toda clase de crímenes, pero era la primera vez que iban a una iglesia.

El desgraciado Hardi, entregado a estos recuerdos titubea. Marteau que le ve en ese estado le dice de un modo brutal:

—¿Qué haces? ¡Anda ya!

El otro, súbitamente resuelto responde:

—Vamos entonces a los cepillos.

—¿Cómo? ¿Para coger algunas perras?

¿Estas loco? Allí dentro es donde está la hucha. Ya iremos luego por los demás.

Marteau señalaba el Sagrario; a Hardi le dió un vuelco el corazón. No, jamás, consentiría que esta dorada puerta fuese abierta para llevarse a cabo el robo proyectado. Jamás él tocaría el Copón de oro donde está encerrado el Dios bondadoso de su primera comunión.

Se entabla una disputa. Ni uno ni otro ceden. El furor de Marteau aumenta por momentos. Hardi, colocado al pie de la balaustrada parecía el guardián del templo. Marteau se hecha sobre él, le atropella y sacude con furor las puertas de hierro. Estas se abren rotas. El ruido resuena en las bóvedas, repercute detrás de las columnas en el fondo de las capillas. Se diría que las estatuas, animándose de repente, han lanzado su anatema contra el sacrilego.

Pasado un instante, Marteau, se dirige

hacia el altar, pero Hardi, se adelanta a él y le dice:

No tocarás nada de eso, no tocarás a Dios. Todo menos esto. *Yo he hecho la primera Comunión* y esto no se olvida...

El otro contestó con un torrente de injurias y blasfemias.

Hardi prosiguió:—Es cierto que soy un canalla como tú, pero moriría si es preciso *por defenderle*.

Los dos se miraban fijamente. Hardi se colocó al pie del altar con sus fuertes puños prohibiendo la entrada. Marteau se pone rojo, echa espuma de rabia, se arroja sobre su compañero, convertido ahora en contrario. La linterna cae rodando y se apaga. En una obscuridad casi completa, los dos hombres riñen cuerpo a cuerpo. Su fatigoso aliento se confunde, sus fuerzas son iguales.

Poco a poco sus músculos cansados por los esfuerzos se debilitan. Sus pechos respiran fuerte. Los rivales más parecen dos hermanos que dos enemigos; de tal modo estaban abrazados.

¿Qué importa, si se ha conseguido el fin?

Los dos están extenuados, pero Hardi sabe que vencerá y que el otro no puede dar un paso. Entonces como si Marteau hubiese sentido un triunfo mudo, una infernal idea le da más fuerza. Ligeramente como la luz se desembaraza del otro, saca un puñal, lo levanta amenazador..., lo hunde en el pecho de su contrario. Hardi solloza, balbucea: «¡cobarde...! ¡cobarde...! pero no cae, no retrocede.

Como lejano y débil rayo de estrella, la lamparilla brillaba apenas, allí cerca en su vaso de un rojo pálido. Cuando Hardi la miró por última vez parecióle que tenía a su madre allí delante de un esplendoroso lugar tendiéndole amorosamente los brazos.

Cerca de las cuatro y media llegó el sacristán para tocar el *Angelus*. Prestó atención... ¿Sería una ilusión...? Parecía que alguno gemía y que este gemido iba corriendo a lo largo del templo, cual brisa en el campo de la muerte. Siguió escuchando; el ruido venía del presbiterio de la iglesia.

Se adelantó, y en la obscuridad de la iglesia vió extendido a lo ancho de las gradas del altar el cuerpo de un hombre.

Corrió a la sacristía para dar la señal de alarma. Un sacerdote vino enseguida. Como si el moribundo esperase esta suprema visita, sus ojos ya vidriosos por la muerte se abrieron, y su boca, torcida por la agonía, balbuceó:

—He defendido a Dios; creo que el otro

no lo ha tocado... ¡Oh! ¡Decidme que no lo ha tocado!

Y como para explicar todo balbuceó por dos veces.

—He hecho mi primera Comunión, yo...

El sacerdote miró las manchas de sangre que formaban un reguero desde el altar hasta la balaustrada. Con su imaginación reconstituyó en un momento la lucha entre los dos ladrones.

El moribundo repetía:—Le he defendido lo mejor posible... Era necesario que no le cogiese... No se toca a Dios... Decidme que está ahí todavía. ¡Dios mío!

Una inmensa piedad, una admiración sin límites se apoderó del corazón del sacerdote a la vista de este ladrón, sin duda pero cristiano fiel siempre al recuerdo de su primera Comunión. Abrió el sagrario que quedó intacto, gracias a la sangre derramada allí... Tomó el Copón, lo elevó por encima de la cabeza del mártir y Dios mismo vino a trazar sobre el agonizante la señal de su misericordia y perdón.

Los hombres de opiniones firmes

¡Qué envidia he sentido yo siempre de esos hombres de ideas firmes y de opiniones invariables que a los dieciocho años, por ejemplo, se forman una idea de las cosas y llegan a viejos sin haber cambiado nunca de parecer! ¡Quién fuera como ellos!

Por que no me digan ustedes que no es admirable que un hombre piense a los ochenta años lo mismo que pensaba a los dieciocho.

Ese hombre habrá leído indudablemente muchos libros donde se sustentan opiniones muy contrarias a las suyas, habrá tropezado infinidad de veces con individuos de muy diversos pareceres, habrá visto progresar las ciencias y surgir todos los días doctrinas y teorías nuevas; pero él, como si tal cosa, sigue siempre adelante con la visera calada como los antiguos caballeros, sin mirar a la diestra ni a la siniestra y sin hacer caso de teorías ni doctrinas, firme en las opiniones de su juventud, como un peñasco en medio de la corriente de un río. Esto es sencillamente maravilloso.

Yo también a los dieciocho años, como todo el mundo, tuve mis opiniones de las cosas, que yo creía entonces tan firmes y sólidas como las creen hoy todos los muchachos de esa edad. La juventud, aunque parezca mentira, es la edad de los dogmas.

Pero a medida que los años iban pasando, y contra lo que era de esperar, iba yo perdiendo seguridad en mis propias opiniones, y llegó un tiempo en que cambiaba de parecer casi cada año, ocurriéndome con frecuencia volver a las opiniones antiguas, que había abandonado por insostenibles, para abandonarla de nuevo a los pocos meses sin pizca de vergüenza ni de remordimiento.

Y hasta ha habido ocasiones, lo confieso con rubor, en que he cambiado de opinión seis veces en el mismo día, siguiendo sin duda las oscilaciones de la digestión, y hasta, pásmense ustedes, he llegado a creer que un hombre no puede ser verdadera-

mente inteligente mientras no sea capaz de cambiar de opinión siete veces al día cuando menos. ¡Fíjense ustedes qué barbaridad!

Un poco me consuela saber que algo de eso debió ocurrirle a Balmes, el gran filósofo de Vich, cuando escribía aquellos capítulos del «Criterio» de «las variaciones de don Nicasio» y «los cambios políticos de don Marcelino» y a Unamuno, cuando decía aquello de que «en todas sus afirmaciones, por más rotundas que parecieran, se reservaba siempre el derecho de contradecirse a sí propio si bien le parecía». Y he aquí otra cosa que no he podido comprender tampoco: cómo unos hombres de tanta cultura y de tan reconocido talento tienen tan poca fe en sus propias opiniones y en cambio esos otros hombres que apenas saben leer y escribir tienen tanta seguridad en las suyas. ¡Misterios de la Naturaleza!

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que yo envidio a esos hombres de ideas firmes y de opiniones sólidas; los envidio y los admiro.

La vida para ellos no tiene complicaciones ni misterios y andan por ella con una seguridad y un aplomo que pasma. Cuando tropiezan, por ejemplo, con una teoría o una opinión que no es la suya, la apartan sencillamente a un lado diciendo: Esto es falso, esto es erróneo.

Ni les importa gran cosa que esas opiniones las sustenten hombres de primera categoría intelectual, sabios de fama universalmente reconocida; los derriban simplemente de su pedestal de un papirotazo, sin pizca de miramiento ni de respeto, como si fueran monigotes de papel, diciendo: Erró Kant, erró Descartes, erró Platón.

¡Qué seguridad, Dios mío! Yo, que siento remordimientos de haber contradicho la opinión de un Perico de los Palotes cualquiera, porque pienso que a lo mejor tiene más razón que yo.

¡Na! que yo envidio a estos hombres de ideas firmes y de opiniones sólidas. ¡Cuánto se parecen a los animales! También ellos tienen ideas firmes y opiniones sólidas. Los burros de hoy, por ejemplo, rebuznan exactamente igual que lo hacían sus congéneres de la época de los Faraones.

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE
O. F. M. Cap.

EL CRISTAL

PARABOLA

*Ven acá, ¡rico logrero,
que miras al mundo entero
en el fondo del abismo
desde el castillo roquero
de tu encumbrado egoismo!*

*Ven acá, coge un cristal
de tu ventana feudal
y mira atentó al través,
por el camino real
¿quién pasa? ¿qué es lo que ves?*

*¿Ves al mendigo harapiento
que sube por el alcor?
¡para su vida de horror
no tiene besos el viento,
no tiene aroma la flor!*

*¿Ves la viuda desolada
que se arrastra en la hondonada
cubierta de lutos graves?
¡ya no le cantan las aves
su canción iluminada!*

*¿Ves al niño en abandono?
¡Cuando su pecho el encono
cruel de la vida taladré
no se sentará en el trono
de los brazos de su madre!*

*Todo lo ves limpio y claro
por tu ventana feudal;
todo el dolor, todo el mal;
¡Todo lo ves, viejo avaro
a través de tu cristal!*

*Pero espera. Coge ahora
ese cristal que delata
al mundo que sufre y llora,
y pon un baño de plata
sobre sn faz delatora.*

*Ya no ves al niño hambriento
ni al pordiosero harapiento,
ni a la viuda dolorida,
ni el triste cortejo lento
de los parias de la vida.*

*Fijo en la plata el reflejo
de tu sórdido egoismo,
no ves pasar el cortejo;
ya en ese cristal espejo
¡sólo te ves a tí mismo!*

*¿Cómo vas, viejo altanero,
a entregar al pordiosero
tu ayuda o tu compasión,
si tienes con tu dinero
hecho espejo el corazón?*

Francisco ROMERO
Magistral de Zamora

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya están solos los discípulos fieles de Jesús de Nazaret.

Con la Ascensión del Señor a los cielos, terminó una etapa importante de la misión de Cristo entre los hombres.

Hasta entonces, Jesús de Nazaret, era el consuelo de todos.

En El reclinaba su cabeza el discípulo predilecto y confesaba impetuoso su fé el primer Pastor de la cristiandad. Los pobres eran consolados con sólo su presencia. Los pecadores arrepentidos eran perdonados y el bien era repartido a manos llenas entre el grupo cada día mayor que rodeaba al Maestro de Nazaret.

Con su subida a los cielos sus fieles seguidores sintieron toda la pena de la felicidad ausente. Sus almas ansiosas de esa felicidad no la podrán encontrar en este valle de dolores y sufrimientos. En vano procurarán ir a buscarla veloces tras la colina remota que la oculta. Una nube privó a sus discípulos de la visión de Dios en la tierra. Tras esa nube correrán los hombres de todas las generaciones logrando alcanzar la felicidad perdida.

“La nube siempre delante,
pero siempre más allá...”

El alma humana busca la felicidad en este mundo y día tras día la vida va enseñando a todos la realidad del desengaño del imposible de encontrar esa felicidad en las cosas de la tierra.

Ni los honores, ni las riquezas, ni tampoco los placeres de la vida nos darán la medida de la felicidad que el alma ansía lograr. La carne mortal que sujeta nuestra alma impide el logro de esa felicidad completa que sólo se consigue cuando la muerte nos libere de nuestra envoltura carnal y Dios premie nuestras buenas obras.

Todo nuestro esfuerzo en la vida es conseguir una felicidad plena que satisfaga nuestras ansias y nunca logramos la completa satisfacción de nuestros deseos.

El rico no consigue con sus riquezas satisfacer todos sus caprichos, la salud burla sus proyectos y le retiene sujeto en el lecho del dolor como burla sangrienta de sus tesoros.

El poderoso, dueño de los destinos de un pueblo, a quien todos creen feliz se encuentra esclavizado de sus amigos políticos, de sus compromisos, de sus obligaciones, de infinitas preocupaciones que sólo él ha de resolver. Sin libertad de acción en lo privado. Siendo su vida observada por todos y sin poder disfrutar de esa libertad que el hombre anónima disfruta.

El trabajador; sujeto diariamente a sus quehaceres, obligado a sus actividades profesionales para poder sostener su familia, no es feliz tampoco, pues él quisiera dedicar su vida a otras actividades que le proporcionasen un mayor placer espiritual. Y sin embargo, todos los días, se verá obligado a acudir a su trabajo. Ganando el pan con el sudor de su frente.

El hombre casado, sujeto al peso de su familia, siente sobre sí toda la responsabilidad de su vida y su felicidad depende siempre de la felicidad de los suyos. Y para que ellos lo sean tiene que sujetarse al cumplimiento de sus obligaciones y no desmayar en la diaria labor que tiene impuesta.

El joven entregado a los placeres, siente de continuo el amargor y el hastío que van unidos siempre en el placer. Nunca se siente satisfecho. Cree tener la felicidad al alcance de la mano y cuando sus dedos se cierran para sujetarla siente en sus manos la herida punzante de las espinas que le hieren.

El alma ansía felicidad. Corre alocada en su busca. En todas las épocas y en todos los estados cree encontrarla; pero ignora que la felicidad se fué tras de aquella nube que en el monte Olivete ocultó a los discípulos fieles la visión terrena de Cristo.

Un día, nunca no muy lejano, la muerte sorprenderá nuestras actividades. Cortará el hilo de nuestra existencia. Y si de Dios merecimos el premio a nuestras buenas obras, descenderá ante nosotros aquella nube que oculta a nuestra vista la verdadera felicidad que es Dios.

Entonces comprenderemos nuestros absurdos cuando corriamos tras la nube que desaparecía luego sobre la montaña próxima.

Esa es la meta feliz de nuestra alma. Por eso nuestra conciencia nos ofrece algo de esa felicidad cuando la vida espiritual que llevamos nos acerca al Maestro de Nazaret. Nuestros actos buenos son los únicos que

nos producen ese placer que no pueden darnos las cosas humanas.

Es entonces cuando el alma desea ser más perfecta aún y procura purificar nuestra vida perfeccionándola y ordenándola cada vez más hacia el servicio de Dios.

.....
"Y qué deseos el alma tenía de ser buena y como se alegraba cuando Dios le decía que lo era"

R.

MEDITACION DEL CORPUS

Día de Corpus, día de sol. Que aunque su luz llegue a nosotros tapizada por los vapores de gasa de una nube, el esplendoroso sol de la Sagrada Custodia, Augusto Sacramento envuelto en rayos de oro, ilumina nuestro mundo interior, y baña nuestra alma en auroras celestiales. A su diáfana claridad, acuden a mi mente pensamientos de eternidad, recuerdos de Amor Divino y motivos de agradecimiento al Señor Dios del Amor y de la luz, y considero desde mi exigua pequeñez su Grandeza humilde, siempre escondiéndose para no deslumbrarnos con la magnificencia infinita de su Poder, igualándose más y más a nuestra pobreza insignificante, dándonos la confianza de un Padre, para que, como buenos hijos suyos, nos acerquemos a El y le pidamos: Padre Nuestro...

Yo examino esta humildad, y la encuentro grandiosa e infinita, como su Poder Soberano. Y donde mejor la distinguen los ojos de mi alma, es en el colosal Misterio Eucarístico. Y ahondando en esta penetración, veo en el interior de mi pobre inteligencia tres momentos de suprema humildad en la vida de Cristo Jesús, Dios nuestro. Tres momentos que son tres escalones que conducen por sí solos a la Humildad Eucarística.

Un día venturoso para la humildad, fueron los Angeles los que anunciaron en Belén el principio de una nueva edad. Dios había nacido entre los hombres. Una humilde Cueva era su Sagrario. ¡Cueva de Belén, que en tus oscuros rincones te impregnas de sabores eucarísticos! Primer Corpus de la humanidad, que presenciaba atónita al Divino Jesús Niño expuesto a la adoración de los hombres, escondido humilde en una miserable Cueva. De este primer escondite de amor, una salida: a Egipto, perseguido por el Genio del Mal.

Otro día, las negras tinieblas del cielo y el velo rasgado del Templo, habían anunciado al mundo la muerte del Salvador. Otra Cueva se abre y recoge sus divinos despojos. Segundo Sagrario que se nos da en la tierra. Segundo Corpus de la humanidad, que presenciaba cómo allí descansaba el Dios que triunfa de la muerte acostándose en sus brazos. ¡Divina Cueva del Sepulcro de Cristo Dios y Hombre! En tus paredes quedan prendidos los más exquisitos aromas de un amor eterno. De este segundo escondite de amor, otra salida: a la Gloria de Dios Padre, en su gloriosa Resurrección, seguido de los nueve Coros Angélicos.

Y Dios no descansa al amarnos. Cumpliendo su santa Voluntad, se queda entre nosotros en la humilde apariencia de pan y vino. Y hoy, las alegres campanas, que en sus ecos nos cantan la Gloria de Dios, nos anuncian que otra Cueva, el Sagrario de nuestras iglesias, se abre jubilosa como la de Belén y la de Jerusalén ¡Cueva del Sagrario que en todos tus rincones respiras los celestiales perfumes del Amor de Dios! Es su interior el Trono del Altísimo; allí está Dios esperándonos, para darnos todo su Amor, para atender a todas nuestras súplicas y peticiones, para ofrecernos todos sus dones y gracias y para dárse nos El mismo como alimento de nuestras almas. De este tercer escondite de amor, otra salida: la esplendorosa Procesión del Corpus, entre la Corte de sus Adoradores. Por eso luce el sol, y por eso este día es el primero entre todos los días del año. Cristo viene a nosotros y nos saluda. Nos invita y sale entre nosotros a bendecir nuestras calles. Adorémosle.

Cueva Santa de Belén; Cueva Santa de Jerusalén; Cueva Santa del Sagrario. Relicarios de Amor Divino, y puntos de partida para tres salidas de Jesús entre los hombres. Huida a Egipto, Gloriosa Resurrección y esplendorosa Procesión. Persecución de los hombres, triunfo de la vida y de la muerte, y adoración de los hombres. Escondites de Amor Divino, triunfos de Amor Divino, agradecimientos de Amor Divino. Amor de Dios al hombre.

Y también esperanzas de que en la Cueva del Cielo se nos presente Jesús con los brazos abiertos, y salga a nuestro encuentro en el último día de nuestra vida.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Comentando

LAS COLAS

Y no de los animales, ni de compuestos gelatinosos más o menos adherentes, ni de los vestidos nocturnos de nuestras damiselas, unas veces elegantes y otras veces las más, antiestéticos, ni las que traen tras de sí los asuntos intrincados.

Quiero tratar sucintamente de las colas que hay que soportar hoy en día, para lograr algo. No me cabe la menor duda, que estas colas son producto de la civilización ultramoderna. Es una imposición de nuestros adelantos retrógrados, y es una de las mayores características de nuestra edad. Se puede llamar al tiempo que corremos, sin miedo a equivocaciones de ningún género, la edad de las colas. Y que conste que este calificativo no excluye otros de peor catadura.

Antes existían las colas casi exclusivamente en las taquillas de los ferrocarriles. Y protestábamos mirando el reloj, temerosos de que la inquieta y locuaz locomotora pitase anunciando su salida, y nos dejase en tierra con un palmo de narices. Hoy ya estamos curados de espanto. Hoy dejamos de pensar en la locomotora y hasta en toda la Compañía, y no nos preocupa que el tren quiera salir antes o después, pues nuestra cos-

tumbre de formar cola nos priva de tales impacencias.

Y es que hoy hay colas para todo. Colas para el suministro; colas para el tabaco; colas para los teatros; colas para el futbol, que es el último grito de la moda; colas para todo. ¡Hasta para pagar la contribución hay que guardar cola!

¡Está visto que somos unos "coleópteros"!

Reconozco, que esto de las colas es una cosa que va muy bien con los tiempos actuales. En una época de tanto dinamismo como la que padecemos, es necesario un sedante para los nervios, y ninguno mejor que las colas. Es la disculpa de los empleados que van a pagar a tal Banco, o a comprar unas pólizas, o a abonar unos seguros. Sirve de descanso en su tarea larga y penosa de casi ocho horas de trabajo lento y muelle. Este es el espíritu, no de nuestra raza, sino de toda la raza que pueble este

mundo redondo o picudo, que yo ya dudo de la forma de nuestro astro.

De todos modos, cuando uno regresa al trabajo, y el jefe le pregunta la razón de una tardanza poco justificada, siempre hay el subterfugio de las colas, ante cuya argumentación no hay razón que se oponga. Y sino, que vaya el mismo jefe en persona, a ver qué pasa. Las colas son democráticas, y lo mismo tratan al noble que al plebeyo; al mandado que a quien le manda.

Coordina muy bien con nuestra época esta costumbre de las colas. En métrica, diríamos que "rima" muy bien. Traducido al lenguaje llano, diremos que esto de las colas, que "pega" muy bien. ¡Cómo no va a pegar bien si es "cola"!

Hasta para las defunciones existe cierta cola. Todos se marchan para el otro mundo, unos detrás de otros, y cuando alguno se marcha antes de tiempo, por ejemplo, porque se murió de una operación de esas que siempre salen bien y

después se complican, cuando uno se marcha antes de tiempo, repito, no me cabe la menor duda de que por allá tendrá que esperar su debido turno para rendir cuentas.

¡Y cuántos desearían esperar, y esperar infinidad de infinitos, para que nunca llegase este momento!

HERO.

Jeroglífico n.º 35, por Morán:

A 100 100
1
K 50 Q 50 0

Proyectas antes

César A. Prieto
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones
RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Telefon 1817 - GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

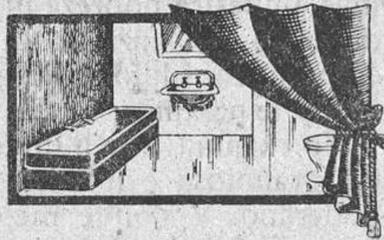
VALENCIA

Arbués

Materiales de Saneamiento y Construcción

Cuartos de baño, cocinas, etc.

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1817
GIJON



PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 - GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3392

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)